



Oda al olivo

Tu fruto , pequeño joyero
esmeralda o color noche,
alberga el oro prometido;
pende abundante de tus ramas,
ornamenta el tronco de la vida
hijo de la tierra en que se hunde.

Tronco retorcido en el esfuerzo;
delicada tarea de los años
extrayendo el alimento de su savia.
El viento te mece levemente,
abanico múltiple, brisa placentera;
y entre tus ramas se enreda
el canto de la gente en la mañana:
Gritos y quejas, cante “jondo”,
lamentos de sus almas.

Te visitan zorzales y estorninos,
hieren el fruto aún precario;
y en el vaivén, entre tus tallos,
se oye tu gemido lastimero.

El suelo te abraza, te protege;
se esponja la simetría del arado,
y en los surcos, rodeándote,
el agua, la vida en espera,
para calmar la sed que te lesiona.

Los meses pasan y la gestación culmina;
es hora de recoger esa cosecha
que hace de tus ramas, ya cargadas, sauce.

Manos con largas ciscas
te sacuden dulcemente
como un aleteo de paloma:
firmeza y suavidad.

Manos de partero hábil;
que ayudan a alumbrar
el fruto ya maduro.

Ya en invierno, cubiertas de escarcha
son blancas perlas tu cosecha;
recolectada por dedos de matrona
yertos en blancura.

Tras el proceso de molino
llegas a ser oro envasado;
oro líquido que al paladar ennoblece.
Eres, olivo añorado; compañero de niñez.
¡Cuanta riqueza sin querer aparentar...!

Leli

Diciembre, 2008 .